

Me levanto de la silla de ruedas y Ernesto me mira con la boca abierta y ojos desorbitados. Me dirijo hacia la puerta caminando con gracia y soltura. La abro para dejarlo salir con esa caja que contiene sus discos, sus libros y algunas fotos. Se para aturdido meneando la cabeza, incapaz de articular palabra, creo que reprimiendo una lágrima.

No es para menos: lleva veinte años ayudándome en todos mis menesteres debido a mi invalidez. Desde el dintel de la puerta, observo cómo se sienta en la escalera con la caja en la mano y le sonrío, enigmática como la mismísima Mona Lisa, mientras recuerdo cómo empezó todo: un chirriar de neumáticos, un estruendoso golpe y, no sé cuánto tiempo después, la cara de un hombre que se interesaba por mí.

—¿Me oye, señora? ¡Despierte, por Dios!

Era Ernesto, el conductor del otro vehículo. Tenía la cara desencajada, como ahora cuando me ha visto andar. Lograron salvarme la vida, pero me dijeron que no podría caminar. Ernesto, con gran remordimiento, se convirtió en mi ángel de la guarda. Nos casamos cuando me dieron el alta, un año después. La boda fue bonita a pesar de que yo iba en silla de ruedas. Ernesto afirmó que estaba preciosa, y por la noche me dijo que nunca me abandonaría. Desde entonces la vida fue placida, a pesar de mi invalidez. Mi marido siempre complacía mis deseos y nunca, nunca, me fue infiel. De eso ya me encargaba yo: en cuanto barruntaba que alguna mujer le llamaba la atención más de la cuenta, entraba en una fase de nostalgia, recordaba en voz alta los tiempos en que podía ir al campo en bicicleta o bailar sin desmayo y lloraba, lloraba desconsoladamente. Él me abrazaba y me decía cosas cálidas al oído que me aliviaban de inmediato. Y así disfrutamos de un matrimonio ejemplar, envidia de todos.

Hasta la semana pasada, cuando me dijo que había conocido a otra.

—¿Y quién es ella? —le pregunté.

—No importa. Solo sé que la amo como nunca te he querido a ti —me dijo.

—Canalla ¿no te da vergüenza abandonar a la mujer que dejaste en una silla de ruedas, ruin malnacido? —le reproché con mi mejor gesto de desvalimiento y abundante profusión de lágrimas. Pero fue inútil.

Por eso hoy me he levantado de mi silla de ruedas, he caminado con voluptuosidad frente a él y le he dedicado la más enigmática de mis sonrisas.

